

Reproducción de un artículo publicado en el periódico "Vanguardia" de Nueva York el día 1º de Junio de 1975, firmado por su Director, Luis González Lalondry

MI AMIGO, ORLANDO BOSCH

EN LOS AÑOS que tengo, por los caminos del mundo he conocido mucha gente. Mi vida agitada por mil inquietudes e ideas me ha dado la oportunidad de ver de cerca a los hombres, conocer sus vidas y palpar sus convicciones. Por eso quizás comprendo mejor la obra gigante de aquéllos que en la manigua nos dieron patria y libertad. Pero en esta etapa tengo que confesar mi admiración por el médico Orlando Bosch: el cubano más abnegado, idealista y valiente de esta última parte de la historia nuestra. Porque Bosch ha sido el símbolo más alto de la rebeldía de nuestro pueblo, en lucha a muerte contra la satrapía que manda en Cuba.

MUY POCAS VECES un hombre reúne tantas condiciones y una variedad tan grande de cualidades como se encuentran en mi amigo Orlando Bosch. Su renunciamiento a las veleidades de la vida. Su sacrificio personal olvidando un futuro provechoso como médico. Su indiferencia por los placeres de este exilio cómodo, lujoso y capitalista. Su obligada separación de la familia, de sus hijos, del hogar y de sus amigos. Su pobreza, más que eso, su indigencia, peregrinando como un apóstol por los países andinos, despertando conciencias en favor de la causa de Cuba, pidiendo apoyo para la libertad de la patria, preparando planes heroicos contra la tiranía, reclaman de los hombres más dignos un gesto de respeto, reconocimiento y admiración hacia este cubano que ha sabido alzarse a la altura de la cintura los pantalones que le faltan a tantos mediocres entre los cubanos sin patria.

MI AMIGO ORLANDO BOSCH, a quien conocí hace quince años cuando recogía centavos en las calles de Miami para ayudar a los alzados en las lomas del Escambray, de quienes fue siempre, dentro y fuera de Cuba, su verdadero paladín, se ha entregado en cuerpo y alma en aras de su ideal, cuando éste debía ser el ideal de todos. En el destierro podía ser uno de los médicos cubanos y haber hecho millones, pero ha preferido la pobreza de Martí. Entre los exiliados pudo convertirse en el líder indiscutido, y sin embargo, por sus convicciones, ha tenido que exiliarse doblemente para

escapar de las garras de las autoridades y de las confidencias de sus propios paisanos. Entre nosotros pudo ser influyente en las esferas de Washington y ha preferido acostarse con las botas como almohada en un bohío cualquiera por los caminos del mundo. Con su talento pudo también labrarse un futuro próspero y ha ido a dar varias veces a la cárcel. Nadie como mi amigo Orlando, puede exhibir a grandes rasgos una historia tan digna, tan cívica y tan patriótica.

ALGUNOS LO COMPARAN con nuestro Apóstol. Otros, con el Titán de Bronce. Y quizás si hubiera nacido en aquellos tiempos no fuera una irreverencia compararlo con un puñado de nuestros próceres. Pero si miramos desapasionadamente la vida y la obra de Orlando Bosch, hay que concluir en que es el más grande titán de nuestra época, porque él solo lleva a cuestas las ansias de libertad de todo un pueblo.

SIEMPRE HE CREIDO en la amistad, una de las mayores virtudes entre los hombres y por ella he librado grandes batallas. Ahora, cuando son muchos los que se olvidan del hombre-idea de Orlando Bosch, solo y prácticamente abandonado, reafirmamos nuestra más profunda admiración por este cubano que tiene el destino marcado y ha escogido como camino la noble inmolación o el triunfo definitivo de la causa grande por la liberación de Cuba. Incomprendido por los demás, prepara lo que él mismo ha llamado "la misión más sublime de su vida". Calladamente, como Martí en Cabo Haitiano, se apresta a cumplir con su propio destino, sin importarle ni los riesgos en los peligros, ni la indiferencia de los suyos, ni siquiera la traición de sus compañeros de la víspera. "Para mí ya es hora", repite a menudo, para marchar hacia la cita histórica. Ese es nuestro amigo Orlando. Ese es el cubano de quien todos los hombres con dignidad debíamos —como se siente este combatiente— sentirnos admirados frente a su bravura y su probado patriotismo. Por eso, desde estos Apuntes, quiero enviarle al amigo donde quiera que se encuentre, el reconocimiento franco y el abrazo sincero de su hermano de causa e ideales.